

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION MENSUAL DE LA
Facultad de Ciencias Económicas, Centro de Estudiantes
y Colegio de Graduados.

La Dirección no se responsabiliza
de las afirmaciones, los juicios y
las doctrinas que aparezcan en esta
Revista, en trabajos suscriptos por
sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES:

Dr. Nicolás A. Avellaneda

Por la Facultad

Néstor B. Zelaya

Por el Centro de Estudiantes

Juan José Silva
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES:

Dr. Alejandro M. Unsain

Dr. Jorge Cabral

Por la Facultad

Juan B. Courbet

Armando Luis Raggio

Por el Centro de Estudiantes

Luis Moreno
Eugenio A. Blanco
Por los Graduados

ADMINISTRADOR: Bernardo J. Matta

Año XI

Octubre de 1923

Serie II. Nº 27

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

La Sociología de Vilfredo Pareto

Puede decirse que en la historia se observa un período de fe, seguido por otro de escepticismo, al que sucede otra marea de fe; y así sucesivamente. El espíritu humano oscila entre estos dos extremos y las ideas sociales siguen este movimiento ondulatorio. Para referirme sólo a los últimos siglos, al humanismo del Renacimiento sucede la reacción religiosa de la Reforma y de la Iglesia Católica. Pero los humanistas tienen pronto sus herederos en los “filósofos” del siglo 18, que no logran establecer el reinado de la “razón”, pues los desaloja la ola subsiguiente de religión cristiana en Inglaterra; y en Francia; de religión democrática y humanitaria en sus comienzos, patriótica y guerrera, luego, y católica más tarde. A esta reacción suceden los “intelectuales” y positivistas del siglo pasado, que combaten los “prejuicios” y que en el pedestal de la fe pretenden elevar la santa Ciencia. Mas, en la primera década del presente siglo, surge un idealismo que pretende “reemplazar al empirismo, el positivismo y la ciencia”, retoña el patriotismo y el socialismo se le inclina; reflorece la fe en sus diversas formas de religión cristiana, antialcohólica, sensual.

Este movimiento ondulatorio de las ideologías sociales, correspondiente a una variación análoga de los sentimientos — detenidamente estudiada por Pareto—, desciende a veces a la realidad experimental, pero se mantiene casi siempre en las regiones del dogma y de la metafísica.

Las concepciones de este linaje desaparecieron casi por completo de las ciencias físico-naturales, en que el único juez de la verdad de las doctrinas es su conformidad con la experiencia científica.

En cambio, en las llamadas “ciencias sociales” constituidas de aquellas ideologías, los conceptos son aceptados o rechazados

según su concordancia o discordancia con los sentimientos e intereses, expresados en creencias, entidades diversas, metafísicas, teológicas.

A estas ideologías oscilantes, un tanto estériles desde el punto de vista de la experiencia científica, lo que no implica juicio alguno sobre su utilidad social, Vilfredo Pareto pretende abstraerse, y vaciar las “ciencias sociales” en el molde en que progresan las ciencias físico-naturales.

Su *Tratado de Sociología General* condensa esta aspiración. El propósito del autor es narrar, analizar los hechos sociales y sus relaciones, para descubrir uniformidades, y formular teorías de acuerdo a la realidad. Trata de prescindir en absoluto de su estado de ánimo, de sus pasiones, de sus sentimientos e intereses. Pero las manifestaciones de estos últimos son también hechos sociales; y así, *extrínsecamente* los considera Pareto, como índice de fuerzas de gran importancia en el equilibrio social.

Es bien difícil mantenerse en esa prescindencia. No incurre Pareto en la debilidad de creerse un “hombre lógico experimental” perfecto; y acepta que en la sociología haya rendido alguna vez tributo inconsciente a sus sentimientos. Pero no se extiende a la obra póstuma las críticas de que el *Cours d'Économie Politique* publicado alrededor de 1897, es pasible y algunas de las cuales fueron formuladas por el mismo Pareto, o más bien dicho, por el sociólogo Pareto de veinte años después. En el Curso, el conomista Pareto hace un análisis científicamente riguroso de los fenómenos económicos; pero cuando se ve precisado a ocuparse de fenómenos sociales, se deja llevar por las teorías que surgen de la ética corriente, y por los juicios de la sociedad en que vive, teorías y juicios que concuerdan con sus sentimientos. “El autor del Curso — dice Pareto — parece creer, al menos implícitamente, que lo que es contrario a la ética es perjudicial a la sociedad, y que lo que es declarado repudiable por las opiniones corrientes, que él hace suyas, *debe* ser evitado”. Así, en el Curso se abandona a consideraciones éticas a propósito de los despojos que sufre la propiedad privada a través de la historia: “Es preciso desprenderse del prejuicio que induce a creer que el robo no es más un robo cuando se ejecuta bajo las formas legales”. En el mismo libro se muestra partidario de la libertad económica: posición que abandona en el Manual y en la Sociología, en que aspira a mantenerse en un plano estrictamente experimental.

Es un tanto ridícula mi pretensión de comprimir en pocas

palabras la obra de Pareto, substanciosa aun en sus menores detalles. Lo intentaré, sin embargo.

Entre los elementos mutuamente dependientes que determinan la forma social, Pareto, en una primera aproximación, y por un tiempo no demasiado largo, considera constantes los factores naturales, el clima, el suelo, etc. Y concentra su atención en ciertos elementos internos de la sociedad, los sentimientos, las tendencias, los intereses, las aptitudes para el razonamiento, las manifestaciones ideológicas que corresponden a los sentimientos, los razonamientos lógico-experimentales. En cuanto a la raza y ciertos elementos externos, su acción se manifiesta sobre los elementos anteriores, y así indirectamente, se la tiene en cuenta.

Después de estudiar gran número de fenómenos sociales desde la sociedad greco-latina hasta la nuestra, Pareto elige los de importancia más grande, para extender luego el análisis entre los elementos internos que determinan el equilibrio social, al mayor número de elementos. De este modo, ha descompuesto los fenómenos concretos en otros fenómenos ideales, más simples, y se ha esforzado en obtener así, algo más constante que el fenómeno real, de suyo complicado y variable.

Entre los elementos de mayor constancia, Pareto ha encontrado los instintos o sentimientos, que han variado muy poco desde los tiempos de Aristóteles hasta los nuestros. No de otro modo nos gustarían los clásicos griegos y latinos, si no encontrásemos en ellos sentimientos de que participamos en gran parte.

Los sentimientos juegan un papel importantísimo en las acciones humanas. Sobre todo preponderan en las acciones no lógicas a las que dan origen. Los teóricos han considerado casi exclusivamente las acciones lógicas en sus divagaciones, o sea las acciones en que el medio está lógicamente unido a los fines que se persigue, desde un punto de vista subjetivo y objetivo, no sólo respecto a las creencias del individuo que las efectúa, sino también en relación a la realidad experimental. Y estos teóricos han desechado las acciones no-lógicas, que no tienen este carácter, a pesar de haber reconocido en los hombres ciertas inclinaciones naturales ajenas al razonamiento lógico-experimental, inclinaciones eliminadas por ellos por considerarlas prejuicios y supersticiones abominables, o, las más de las veces, por pereza intelectual.

Dada la enorme importancia de las acciones no-lógicas en

la realidad, conviene estudiar los instintos o sentimientos de donde surgen. Así lo ha hecho Pareto al analizar los conceptos, teorías, creencias de los hombres en distintas épocas; ha encontrado en estos razonamientos una parte más o menos constante, que es la manifestación de aquellos sentimientos y que designa con el nombre de *residuos*; y una parte variable que constituye el trabajo desarrollado por el espíritu para dar razón de los residuos, formada de elementos más o menos lógicos o fantasistas que tratan de explicarlos. A esta parte llama *derivaciones*. Esta distinción entre residuos y derivaciones es importantísima para el desarrollo ulterior de la Sociología.

Como los residuos han sido extraídos de los razonamientos, quedan los simples apetitos, los gustos, las disposiciones, y en los hechos sociales aquella categoría tan importante que se llama *intereses*, que no están recubiertos por el razonamiento, y a los que Pareto considera aparte.

Después de analizar los residuos, Pareto los clasifica en seis grandes clases y dentro de cada clase en grupos según sus analogías y diferencias. Sólo nos ocuparemos rápidamente de las dos clases cuya importancia en la determinación de los fenómenos sociales es enorme. La primera clase está constituida por los residuos que corresponden *al instinto de las combinaciones*, que es poderosísimo en la especie humana, y que probablemente ha sido y es un factor importante de la civilización. Un número muy grande de fenómenos nos da como residuo una tendencia a combinar ciertas cosas. El hombre de ciencia combina elementos en su laboratorio, muchas veces según hipótesis razonables, a veces al azar. Cumple, en gran parte, acciones lógicas. El ignorante hace las combinaciones guiado por analogías en general fantasistas, pueriles, absurdas; sus acciones son en gran parte no lógicas. Hay pues en los hombres una propensión a creer en la eficacia de estas combinaciones.

Algunas combinaciones constituyen un agregado de partes estrechamente unidas, que concluye por adquirir una personalidad semejante a la de los seres reales. Después que este agregado se ha formado, a menudo actúa un cierto instinto; con una fuerza variable se opone a que las cosas así unidas se separen, y si la separación no puede ser evitada, trata de disimularla, conservando el simulacro del agregado. *Grosso modo* se puede comparar este instinto a la inercia mecánica. Se opone al movimiento desarrollado por otros instintos. De ahí surge la gran importancia social de este residuo, que Pareto llama de la *persistencia*

de los agregados, algunos casos como factor de estabilidad, de conservación social.

Hay otras clases de residuos que no mencionaremos para no extender demasiado esta conferencia, pero cuya importancia social es mucho menor que la de las dos clases anteriores (los residuos que se manifiestan en la necesidad de expresar sus sentimientos por actos exteriores, los residuos que se relacionan a la sociabilidad, los que se refieren a la integridad del individuo y de sus dependencias, y por último los residuos sexuales).

Pareto ha observado que los residuos, es decir los instintos o sentimientos que manifiestan, se presentan en correspondencia con el género de ocupaciones de los hombres. De este modo, la teoría llamada del materialismo económico podría confundirse con la teoría paretiana de los residuos, si se observa que éstos corresponden al estado económico. Esto sería cierto si no se cometiese el error de querer separar el estado económico, de los otros fenómenos sociales con los cuales, al contrario, se presenta en relación de mutua dependencia, y además de subsistir una relación única de causa a efecto, a las numerosas relaciones análogas que se entrelazan.

Además de los residuos, los *intereses* juegan un gran papel en la determinación del equilibrio social. Los individuos y las colectividades son empujados por el instinto y por la razón a apropiarse los bienes materiales útiles o solamente agradables a la vida, al mismo tiempo que a buscar honores y consideraciones. Pareto ha designado bajo el nombre de *intereses* a este conjunto de tendencias. Al materialismo histórico corresponde el mérito de haber percibido la importancia de la acción de los intereses sobre los otros elementos que constituyen el equilibrio social, pero sus adeptos cayeron en el error de tomar la parte por el todo y despreciaron la acción de aquellos elementos y la interdependencia con los intereses.

Otro de los elementos importantes en la determinación del equilibrio social, es la *heterogeneidad de la sociedad y la circulación entre los diversos grupos sociales*. Los hombres, pese a ciertos teóricos, son diferentes, física, moral e intelectualmente. Las clases constituídas por ellos, aun en el régimen de las castas, no son cerradas: existe una circulación más o menos intensa entre ellas. En una primera aproximación, Pareto sólo considera dos grandes grupos sociales, en la imposibilidad de tener en cuenta los múltiples que existen. En uno de ellos abarca a los individuos que tienen en un grado notable cualidades de in-

teligencia, de carácter, de destreza, de capacidad de todo género, no importa cuál fuere su utilidad o su naturaleza ética. A esta clase de gente superior se le llama *élite*. Se puede dividir esta última en *élite* gobernante, compuesta de los individuos que directa o indirectamente juegan un papel notable en el gobierno. El resto será la *élite* no gobernante.

No siempre la *élite* está formada de individuos superiores; a veces la simple etiqueta suple este carácter; de esta desviación resultan fenómenos de gran importancia en el equilibrio social.

Dos hechos merecen la atención en esta materia; primero, en una misma clase, a proporción de personas que forman parte nominalmente, sin tener los caracteres requeridos; segundo, entre las diversas clases — dos en una primera aproximación — el modo en que se efectúa el pasaje de una clase a otra, y la intensidad de este movimiento, o sea de la *circulación de las élites* en el presente caso.

Se ha observado diferencias en la repartición de los residuos entre los diversos grupos sociales y sobre todo entre la clase superior y la inferior. La proporción del residuo del instinto de las combinaciones y del residuo de la persistencia de los agregados, varía con el tiempo en las distintas clases y estos cambios son importantísimos para la determinación del equilibrio social. La observación vulgar los ha percibido bajo la forma especial de cambios en los sentimientos llamados “religiosos” de la clase superior. Se ha notado que en ciertos tiempos se debilitaban y en otros se fortalecían, y que estas oscilaciones correspondían a cambios sociales importantes. De un modo más preciso, se puede describir estos fenómenos al decir que, en la capa superior los residuos de la persistencia de los agregados se debilitan poco a poco hasta que una marea proveniente de la capa inferior les hacía recuperar su vigor perdido.

Después de haber estudiado con detención y aisladamente los elementos de mayor importancia para la determinación del equilibrio social, a saber: los residuos, los intereses, las derivaciones y la heterogeneidad y circulación sociales, Pareto se ocupa en averiguar su dependencia mutua. Desde este punto de vista, por cuanto en ellos se formulan síntesis teóricas, los capítulos más interesantes de la sociología son los dedicados a esta interdependencia, a saber: el capítulo XII sobre “la forma general de la sociedad”, y el XIII, sobre “el equilibrio social de la historia”.

El estado de equilibrio concreto, de una sociedad es una

consecuencia de todas las acciones y reacciones entre los elementos citados. Para dar una idea concreta de estas acciones y reacciones, Pareto considera el caso particular de la protección aduanera de las industrias, antes de pasar a casos más generales.

La acción de ciertos *intereses* consigue la protección aduanera. Los efectos dinámicos de la protección — aparte de otros efectos económicos sobre la riqueza — enriquecen no sólo al individuo bien dotado desde el punto de vista técnico, sino también al hombre bien dotado en relación a las combinaciones financieras, a la astucia; enriquecimiento que le permite conseguir los favores de los políticos que le confieren las ventajas de la protección. Las personas que tienen estas cualidades en grado eminente tórnase ricas, poderosas, gobiernan el país. Lo mismo sucede con los políticos que oportunamente venden las ventajas de la protección. En estos individuos, los residuos del instinto de las combinaciones son intensos, los de la persistencia de los agregados, mucho más débiles. La protección abre grandes oportunidades a los que tienen los primeros residuos. De este modo, ella tiende a desarrollar estos residuos en la clase gobernante aunque en toda la población el conjunto de ellos varía muy poco. He aquí la influencia de los intereses sobre la distribución de los residuos. Además, y ahora vienen los efectos sobre la heterogeneidad social, la circulación se hace más intensa por la incorporación a la *élite* gobernante de los nuevos ricos.

La influencia de la protección sobre las derivaciones es considerable; se nota una bella floración de teorías económicas que la defienden. Pero las derivaciones actúan poco o nada sobre los residuos, poco sobre los intereses, un poco sobre la heterogeneidad social porque las personas hábiles en la defensa de los intereses y en las alabanzas llegan a introducirse en la *élite* gorbeneante.

La reacción de la heterogeneidad social, así modificada, sobre los otros elementos, es notable. Una vez que gracias a la protección, los intereses han llevado a la clase gobernante hombres ampliamente provistos de los residuos del instinto de las combinaciones, tales hombres reaccionan a su vez sobre los intereses, y empujan a la nación entera hacia el industrialismo y las ocupaciones económicas. Por esta serie de aciones y reacciones entre los intereses y la heterogeneidad se establece un equilibrio en que la producción económica y la circulación de las *élites* se vuelve más intensa. Y así, la composición de la clase gorbeneante se encuentra profundamente modificada.

Si ninguna fuerza se opusiese, esta serie de acciones y reacciones continuaría indefinidamente y la protección y sus efectos crecerían de continuo. Es lo que se nota en numerosos pueblos del siglo XIX; pero por otra parte nacen y se desarrollan fuerzas que se oponen a este movimiento. Abandonando ahora el caso particular de la protección, para pasar al caso general; encontramos esas fuerzas en las modificaciones que acaecen en la élite y en fenómenos concomitantes. La historia nos enseña que cuando la proporción de los residuos del instinto de las combinaciones y de la persistencia de los agregados, se modifica en la clase gobernante el movimiento no continúa indefinidamente en el mismo sentido, sino que pronto o tarde es reemplazado por movimientos en sentido contrario, la guerra o la revolución interna, como veremos más adelante.

Siguiendo en el caso general el cambio de residuos en la clase gobernante en favor del instinto de las combinaciones, puede debilitar la resistencia de la lucha entre esta y la clase gobernada. El predominio de los intereses principalmente industriales y comerciales en la clase gobernante la puebla de hombres astutos, que poseen numerosos instintos de combinaciones y le quita hombres de carácter fuerte, de sentimientos nobles, que poseen numerosos instintos de persistencia de agregados. Para gobernar se requiere el consentimiento de los gobernados y la fuerza en distintas proporciones. Pero a medida que los residuos del instinto de las combinaciones se desarrollan y los de la persistencia de los agregados se atrofian en la clase gobernante, ésta se vuelve cada vez más incapaz de usar la fuerza. Para evitar la violencia y mantenerse en el poder, la clase gobernante recurre entonces a la astucia, al fraude y la corrupción, y los individuos aptos para esto son atraídos a dicha clase, y eliminados los que tienen veleidades de resistencia. De este modo se fortifican los residuos del instinto de las combinaciones, puesto que éstas son necesarias en el arte de los expedientes, para descubrir medios ingeniosos que puedan substituirse a la resistencia abierta; y se debilitan los residuos de la persistencia de los agregados. El predominio de los primeros residuos y el decrecimiento de los últimos, hacen que la clase gobernante se preocupe menos del porvenir y se cuide más del presente. Los intereses materiales prevalecen sobre los intereses ideales de las colectividades y de la patria. Las guerras son esencialmente económicas, empresas de especulación.

Si en la clase gobernada hay individuos dispuestos a emplear

la fuerza, y tienen jefes capaces de conducirlos, se observa en general que la clase gobernante es desposeída, y que otra toma su lugar. El hecho se produce fácilmente si la primera está movida por sentimientos humanitarios. Es el caso del movimiento del pueblo francés en 1789 contra su clase gobernante. El derrocamiento de la clase gobernante es más difícil si ésta sabe servirse de la astucia, el fraude y la corrupción de un modo avisado, y si sabe asimilarse los individuos que podrían servir de jefes revoltosos a los gobernados.

A propósito del uso de la fuerza en la sociedad, hace notar Pareto la falta de sentido preciso de todas las derivaciones que tratan de justificarla o de repudiarla. Todos los gobiernos hacen empleo de la fuerza con más o menos intensidad. De hecho, con o sin la entidad divina o misteriosa del sufragio universal, es siempre una oligarquía la que gobierna y sabe dar la expresión que desea a la "voluntad popular". Cuando la clase gobernante repudia el uso de la violencia en la clase gobernada no hace sino expresar su sentimiento de conservar el poder, y de mantener la estabilidad social.

Aquí caben algunas consideraciones generales sobre el régimen político que está estrechamente ligado a la naturaleza de la clase gobernante; y ambos están en relación de nuestra dependencia con otros fenómenos sociales. Las derivaciones numerosísimas sobre la forma del régimen político, y los mitos a que llegan frecuentemente, carecen de valor desde el punto de vista lógico — experimental; mientras que unas y otros, o mejor, los sentimientos que manifiestan pueden producir efectos muy importantes para estimular los hombres a la acción.

Sin detenernos en la ficción de la "representación popular" ni en otras entidades metafísicas de la "ciencia política" veamos qué fondo encuentra Pareto, inductivamente, bajo las diversas formas del poder de la clase gobernante. Aparte de un pequeño número de excepciones de corta duración, se encuentra una clase gobernante poco numerosa que se mantiene en el poder en parte por la fuerza, en parte con el consentimiento de la clase gobernada, que es mucho más numerosa. Desde el punto de vista de fondo las diferencias residen principalmente en las proporciones de la fuerza y del consentimiento; desde el punto de vista de la forma, de las maneras en que se maneja la fuerza y se obtiene el consentimiento. En punto a esto último, puede decirse que la obra de los gobiernos es tanto más eficaz cuanto mejor partido saben sacar de los instintos y sentimientos exis-

tentes; tanto menos, cuando ignoran este arte; e ineficaz y vana cuando pretenden cambiarlos violentamente. A los instintos y sentimientos hay que agregar los intereses como medio de gobierno. Las diferentes proporciones en que la clase gobernante hace uso de la fuerza y el consentimiento tienen en gran parte su origen en las diferencias de proporción entre los sentimientos y los intereses.

La evolución llamada “democrática” parece estar en relación estrecha con el empleo del medio de gobernar basado en el consentimiento hábilmente obtenido por el artificio y las clientelas políticas, por oposición al medio que recurre al uso de la fuerza. El régimen de un buen número de países “democráticos” podría ser definido como un feudalismo en gran parte económico en que el principal medio de gobernar en uso es el juego de las clientelas; así como el feudalismo guerrero recurría a la fuerza de los vasallos. Un régimen en el que el “pueblo” exprese libremente su “voluntad” — si es que hubeiese una — sin clientelas, sin maniobras, sin camarillas, solo existe en el estado de piadoso deseo de los teóricos de la “ciencia política” pero no se observa en la realidad ni en lo presente ni en lo pasado. No obstante, se habla con frecuencia de una “degeneración” de la democracia al considerar el fenómeno anotado. ¿Pero, cuándo y dónde ha existido la democracia en su virginal pureza, desde la que “degeneró”?

La observación de la realidad, además, nos prueba que los defectos de los diversos regímenes políticos pueden ser diferentes pero que en conjunto algunos géneros de estos regímenes difieren poco de los otros a este respecto. Los reproches dirigidos a la democracia moderna no difieren mucho de los que se dirigiera a las democracias antiguas, entre ellas, la ateniense. Si hay un gran número de hechos de corrupción en unas y otras, no sería difícil encontrar análogos en las monarquías absolutas y constitucionales, en las oligarquías y en otros regímenes.

Si se considera los regímenes políticos libres de todo prejuicio, pasión sectaria, edad, etc., vemos: primero, que los hombres que gobiernan tienen en general la tendencia a usar de su poder para mantenerse, y a abusar para tener ventajas particulares. Las diferencias entre los regímenes están en el fondo, en los sentimientos de la población; según sea ésta más o menos honesta lo es el gobierno. Segundo, que la clase gobernante no solo usa los bienes ajenos en su propio provecho sino también

en el de las personas de la clase gobernada que defienden la gobernante, que aseguran su poder, sea por las armas, por la astucia, por el apoyo de la clientela. Tercero, que la máquina gubernamental consume de todos modos una gran cantidad de riqueza, que está en relación no solo con la intensidad con que el gobierno interviene en los negocios privados, sino también con los medios que la clase gobernante usa para mantenerse en el poder, medios que están en correspondencia con las proporciones de los residuos del instinto de las combinaciones y de la persistencia de los agregados en la clase gobernante y en la gobernada, según ya hemos visto.

Precisamente para conservar el poder, los gobiernos democráticos contemporáneos, que tan bien ha estudiado Pareto, gobiernos en los que predominan los residuos del instinto de las combinaciones, recurren mucho menos a la fuerza que al arte sutil y costoso de obtener el consentimiento de los gobernados por los medios a que ya nos hemos referido. Es por esto que tales gobiernos son muy sensibles a las variaciones de la prosperidad económica, pues que los grandes gastos que requiere la clientela política solo pueden hacerse en épocas de bonanza, cuando el crédito es fácil y los recursos crecen. Mas en los períodos de estagnamiento el gobierno se ve cargado con los resultados de las malas finanzas anteriores, y no puede satisfacer con largueza los servicios necesarios de las clientelas. Y el gobernar se torna dificultoso.

Para dar una rápida idea de la dependencia mutua entre los residuos, los intereses, las derivaciones y la heterogeneidad y circulación sociales, hemos considerado el caso de la protección aduanera y pasado en seguida al caso general.

En la historia se observa un movimiento ondulatorio de estos elementos; en este sentido puede decirse que la historia se repite, o mejor, que parte de la historia o ciertos grupos de fenómenos se repiten.

Los períodos de prosperidad económica se caracterizan por el predominio de los intereses, esto es de las preocupaciones económicas, en la clase gobernante, y por el de los residuos del instinto de las combinaciones sobre los de la persistencia de los agregados. Los individuos que poseen en alta proporción los primeros, se enriquecen y entran con facilidad en la clase gobernante: la circulación de las élites tórnase intensísima. Con ello, aumenta en esta clase la preponderancia de los intereses y del instinto de las combinaciones. Es decir que entre los ele-

mentos citados se establece un movimiento interdependiente. La disminución de los sentimientos de la persistencia de los agregados en la clase gobernante, la hace refractaria al uso de la fuerza para conservarse en el poder, y la dispone al empleo del arte costoso de la clientela, el fraude y la corrupción, no importa cual fuere la forma del régimen político; empleo en que triunfa el arte sutil de las combinaciones, y para el que se requiere riquezas más considerables, en general, que en un régimen que recurre a la fuerza, y que sólo pueden obtenerse en un período de prosperidad económica.

La variación de las derivaciones es concomitante con el movimiento. Cuando en la clase gobernante predominan los intereses y el instinto de las combinaciones, las derivaciones cambian de forma para corresponder a esta preponderancia: se condena los prejuicios, la fe, las concepciones tradicionales de la justicia y la religión, y el escepticismo bajo formas diversas cunde en la sociedad.

Mientras este movimiento se desarrolla en la clase gobernante, el residuo de la persistencia de los agregados se mantiene vivo en la clase gobernada y la fe y la fuerza de ésta, dirigida por jefes que la clase gobernante no supo o no pudo asimilar, desaloja a esta última, y lleva al poder un grupo de hombres en que predominan dos residuos de la persistencia de los agregados, hombres que quieren y saben hacer uso de la fuerza para mantenerse, que se preocupan del porvenir y de los intereses ideales de la colectividad. Este movimiento es concomitante, en general, con un período de estagnación económica en que la efervescencia de los intereses está momentáneamente sofocada. Brotan entonces diversas derivaciones religiosas, la fe, la superstición, el idealismo.

En la historia, la reacción a veces sobreviene por una guerra, en cuya preparación la clase gobernante al demostrar su incapacidad para manejar la violencia, es desalojada por el entusiasmo y la fe patriótica del "pueblo"; o por la absorción del país por una potencia extranjera.

La historia, asimismo, nos enseña que el movimiento de reacción es seguido más tarde por otro movimiento ascendente y así hasta nuestros días. Es el movimiento ondulatorio de los fenómenos sociales, que Pareto estudia desde la antigüedad greco-latina; estudio que constituye la médula de su sociología.

He expuesto la impresión recogida por mí en una lectura desordenada de la Sociología. Dudo mucho de su fidelidad y

sobre todo de su claridad. Pero estoy contento de estas líneas: al escribirlas se ha afirmado cada vez con más intensidad en mí, la intención de estudiar sistemáticamente la obra del sabio maestro de Lausana.

RAÚL PREBISCH.